

# UNIVERSIDAD CONTEMPORÁNEA

NECESARIA EVOLUCIÓN DE LA UNIVERSIDAD ARGENTINA

LOS ESTUDIOS UTILITARIOS; LA INVESTIGACIÓN PURA  
Y LA CIENCIA DESINTERESADA (1)

7

POR EL INGENIERO NICOLÁS BESIO MORENO

---

## RÉSUMÉ

**L'Université Contemporaine. Evolution nécessaire de l'Université Argentine.** — Après quelques considérations sur la culture générale, l'auteur s'occupe de l'instruction publique qui, à son avis, doit être gratuite, neutre et avoir un fondement greco-latin dans les cadres qui définissent ce qu'on appelle la morale chrétienne. Elle doit être intégrale et scientifique. L'instruction supérieure doit reposer sur la vocation et l'amour du travail. L'Université doit développer et multiplier les facultés de l'homme, il faut qu'elle perfectionne l'homme monade et le rende utile au service du devenir humain. L'enseignement doit être absolument libre. L'auteur, après des considérations sur les plans et les programmes, étudie, sous ce point de vue, la mission sociale actuelle de l'Université et de son accroissement futur. Il s'étend ensuite sur l'action des Académies, et termine en affirmant que l'enseignement supérieur doit se baser sur l'histoire de chaque spécialité.

## I

Grande consagración es, señores académicos, para un hombre de ciencia y de estudio, mirarse incorporado a un grupo como el que forma la Academia de ciencias exactas, físicas y naturales, a la cual vuestra libre voluntad me hace penetrar. No hace mucho más de 107 años, cuando se instalaba en Buenos Aires la tercer Academia impor-

(1) Estudio presentado por el autor como síntesis de su trabajo de incorporación a la Academia el 3 de octubre de 1923.

tante de matemáticas que debía regentar el bello espíritu de Felipe Senillosa, fué costumbre llamar caballeros académicos a los estudiantes que se incorporaban a las aulas para iniciarse en los misterios de la rauda ciencia; los hábitos son hoy diferentes, los nombres responden a otras jerarquías y dignidades, pero, en verdad, no me veo como otra cosa que como un estudiante inquieto por ahondar en el camino del saber, de perfeccionar la mente y el intelecto y de contribuir a la obra esencial del desarrollo sin límites de la cultura pública como camino de mayor dicha, de mayor recíproca tolerancia, de más alto significado del devenir humano y de una aspiración más fina y delicada en el contenido del acervo y de la conciencia colectivos.

En el divino libro, la sombra magistral del mantuano es el numen que conduce por el áspero andar al caballero de la rígida vara, y para lograrlo, aquel duque del *bello stile* había debido encadenar las raíces romanas en la rubia flor del fragoroso olimpo. Así he sido conducido yo hasta este estrado por las manos parecidas, de las largas vigiliass y el hondo meditar, las lecturas inagotadas y el espectáculo de la vida misma, arrojadas en el mar de la alta enseñanza, y si áspera igualmente la marcha, preciso fué también que la sombra espigara en el monte afortunado en el que no ya Venus dilecta, sino Minerva armada y firme se desata del seno de la sabiduría.

Así, cuando me fué comunicado el insigne honor pensé que para corresponderle, era llegada la hora de traducir las vigiliass, y el meditar y las lecturas, en una expresión espiritual en el que mi pensamiento adquiriese las formas orgánicas de la obra de ciencia. Pero esto debía resultar, y resultó, un estudio formal que no me es dado ahora daros a conocer, como no sea en un breviario telegráfico, porque en el curso del desarrollo de las tesis, no es posible poner límites a la corriente que se despeña, para ceñirla a los términos de una breve exposición, en la que los postulados pueden presentarse mas no demostrarse; pueden exhibirse en su contextura externa, pero no en el oculto motivo que los anima, pueden darse como materia elaborada, sin penetrar el proceso prolongado, y a menudo tortuoso, por el que han llegado a adquirir la forma sentencial.

Pero antes de llevaros por las frondas de mi sentir en esta grave materia, será preciso que, para aclarar el lenguaje, os defina cómo es, en mi pensamiento, el contenido esencial de la instrucción y de la educación, con lo cual será posible al menos que nos comprendamos, ya que cierto será que no coincidiremos en toda la tesis.



Reingresando el carácter sintético que debo dar a esta exposición, diré que la instrucción pública debe responder a un fundamento greco-latino, dentro de los códigos que se definen como la moral llamada cristiana, en cuanto sobre este conjunto se ha asentado la única civilidad humana que la historia de los tiempos nos ha mostrado como más duradera. Todas las otras han resultado transitorias desde la esplendorosa de la Hélade y la férrea de Roma, hasta la cometaria de Mahoma y la de hegemonía del papado. Pero, cuando el cristianismo bebió en las sagradas fuentes nacidas en Thales, Eschylo, Homero o Praxiteles engrandecidas en las fronteras de Arquímedes y Virgilio u Ovidio; cuando al influjo de Dante y sus sucesores, la edad media abandonaba la escolástica con el peripatecismo trasmudado a sus medidas y llamara al seno de la cristiandad las fecundísimas corrientes grecoromanas, bien luego el despertar del renacimiento floreció en una civilización que llevaba en sí el germen de sus sucesivos perfeccionamientos y el secreto de prolongarse y sobrevivirse, que ninguna otra conociera.

Y, además, ha de ser la instrucción, integral y a base científica. Integral, por cuanto el hombre es una mónada, inseparable en sus componentes, los que en su orgánica unidad se influyen de recíproco modo, tanto que el descuido del uno afecta de tal manera a los otros que entorpece su desarrollo y lo traba, como un obstáculo mecánico en el curso del émbolo detiene la expansión del vapor. Por esto, si cuidamos el intelecto y olvidamos el cuerpo, o si perfeccionamos a éste sin cultivar la conducta, no sólo no realizamos la obra que nos empeña, sino que provocamos una desarmonía que hace flaquear todas las ventajas alcanzadas, y al fin las destruye sin consideración; estamos aquí con Pestalozzi y todos los grandes educadores para quienes el desarrollo del físico, del intelecto y la moral, llevado paralelamente, constituye la mejor manera de aquilatar al hombre y hacerle llenar más proficua y honradamente los objetivos de la instrucción.

Integral, decíamos, y a la vez científica, en cuanto la ciencia, no sólo es, por sí misma, fuente de purificación espiritual y origen de goces no superados, sino también porque es el mecanismo que ejerce, puede decirse, el monopolio de nuestra civilización, compartido, es verdad, con los matices del arte, con el cual se dividen hoy el imperio de las cosas humanas, y con la misma cordialidad y afecto que en el hogar dichoso comparten la madre con el padre el gobierno de la casa, sin tropiezos ni emulaciones.

La institución pública ha de ser también neutral en absoluto y gratuita en absoluto. Lo uno, por cuanto es un atentado a la dignidad

humana querer embanderar desde la infancia o en la juventud la mente plasmable que llega al maestro, dentro de prejuicios o de dogmas cualquiera que sea el origen de su procedencia; para que si luego resulta un banderizo plegado a pasiones o a ritos no científicos, sea ello el resultado de su libre deliberación y no de la imposición de los mayores, con lo cual cada generación tendrá autonomía para gobernarse y no vivirá encadenada a la precedente por eslabones más duros que los que forja el metal. El hombre sólo es hombre cuando sus pasos son regidos por la voluntad que de su mónada surge, limitada por las fronteras que la natura le tiene señaladas; pero cuando esta mónada ha sido forzada a resolver bajo la presión de ancestrales influencias del exterior venidas, entonces es autómata irresponsable, aunque su propia conciencia quiera hacerle creer que ha sido dueño de su juicio. Y gratuita en absoluto y en todos los grados y formas, que la institución puede adquirir, para que se presente a todos los hombres la misma oportunidad de perfeccionarse, para que ningún ciudadano de nuestro pueblo que desee aprender, encuentre cerradas las puertas de la instrucción por razones tan miserables como son las del dinero, porque ni siquiera pueden llamarse razones económicas, pues para la economía bien entendida, el camino del estudio está siempre abierto y ninguna empresa comercial debidamente organizada, negará jamás fondos para un estudio, una investigación, un examen, que de cualquier modo pueda interesar a su organismo, como interesa siempre a la patria uno de sus hijos que estudia, así lo haga en el último rincón de la selva donde no alcanzan ni las miradas de las pupilas estelares.

Y la escuela debe ser una casa de trabajo, en todas las maneras que la escuela pueda tener, desde la de infantes, en que el juego es el método de enseñanza, hasta los más encumbrados estudios en que se develan las leyes que gobiernan la naturaleza o animan el corazón humano: las que se ocupan de la cultura general, del comercio o la industria, de la guerra o la sociedad, del cuerpo humano o de los organismos sociales, todas, en fin, deben ser casas de trabajo, porque desde las remotas horas en que, según el Génesis, supo el hombre que con el sudor de su rostro había de comer el pan, o en la latinidad cuando dice *sine labore nihil...* hasta las horas de hoy en que el que no trabaja es un usurpador y un parásito, nada se puede conseguir sino con esfuerzo acendrado y comprendido con amor, con la lucha que enciende las energías, con el combate que estimula las facultades. El trabajo que participa de estos caracteres de esfuerzo, lucha y combate, es el constructor de la personalidad del que estudia y sin él o sin



ellos, la personalidad no se formará, como crece el tronco endeble cuando vive al amparo de tempestades y ardores.

Y digo, además, que la escuela si quiere hacernos patria grande, ha de ser central y nacionalista. Central, porque si en parte alguna es preciso dar unidad al espíritu público para que funde con los años una nacionalidad diferencial y propia que amalgame en un solo tipo armónico los varios caracteres étnicos que nos forman con la tonalidad que los caracteres geográficos del territorio han de infundirnos con su persistente influencia, si en parte alguna, decía, esto es necesario, más lo es sin duda, en nuestra querida tierra, que atrae y alberga todas las razas, todos los pueblos, todas las lenguas y religiones, todas las costumbres y todos los climas. Si no tendiéramos a afirmar este tipo armónico por obra de la escuela central, día vendría en que las rivalidades y las discordias harían represalia de todos sus actos, malgastando las fuerzas públicas, que han de destinarse al beneficio común, en estériles disputas de lo que no puede ser dirimido, porque nace de circunstancias que escapan al dominio del hombre. Por el centralismo, la escuela daría unidad a nuestro pueblo, es decir, nos daría unidad; por el nacionalismo le daría carácter específico; y quisiera aquí detenerme un tanto para no dejar en vago un concepto que ha sido viciado por el común uso, empequeñeciéndolo y desvirtuándolo, pero el tiempo me es breve y no me será dado sino esbozar la idea que con la palabra intento expresar. No nacionalismo excluyente y agresivo, sino, por contrario concepto, incluyente, por así decir, y afectuoso, por el cual se construya un pueblo generoso y tolerante, sensible al mal ajeno y que comprenda las deficiencias del corazón humano trocando la represión áspera del juez de bronce por la corrección prudente del hombre que participa de análogas debilidades, para, por mutuo acuerdo, prestarse ayuda en el correctivo, también humano. Nacionalismo que se alza, no sobre el desprecio de lo extraño, ni por sentimiento alguno despectivo, o digamos en pocas palabras por soberbia de lo ajeno o avaricia de lo propio, y exento de toda envidia, sino sobre el ejemplo de los demás que, con esa fuerza bien usada, han hecho del patriotismo un arma de perfeccionamiento propio, una llamarada en que se alimenta la hoguera del progreso del país, un estandarte de virtud con la cual y por ella ningún derrotero será clausurado.

*« In via virtute nulla est via. »*

Un nacionalismo, pues, pródigo y sano, a cuyo abrigo todos los hombres del mundo y todas las clases en que aún hoy se lacera la huma-

nidad, se encuentren seguros, como han de estar en la tierra los hombres de buena voluntad.

Por su parte, el maestro debe ser un agitador de espíritus y un pasional con el propósito de que pueda influir en que los jóvenes que se forman a su lado sean no un espejo, sino una fragua, para que la vida no se refleje en ellos como las florecillas en las mansas aguas del lago, sino se consuma en una actividad militante que lo llene de espíritu nuevo, en lo que será más eficaz su concurso a la obra común y con lo que igualmente un empuje renovador, siempre en acecho, obtendrá nuevos frutos de los árboles conocidos, y estará animado constantemente por un deseo incolmable de perfeccionar cuanto esté a su alcance, cuanto hay establecido, cuanto recibe de manos de la sabiduría pasada.

## II

La institución pública para que pueda disponer de elementos concurrentes de acción, debe estar sellada por una unidad conceptual, que pueda resistir a los embates disolventes de las diversas doctrinas, del diverso sentir de las cosas y sobre todo de las diversas jerarquías con que el afán común de agrupar en clases de distinta reverencia, ha dividido a la enseñanza general. Para que esta unidad conceptual sea un hecho, cada grado de la enseñanza, cada rama de la especialización, cada sector del saber, deben estar provistos de un común espíritu, de una línea central invariable, como el organismo tiene un centro nervioso del que irradian todos los haces que recorren el cuerpo. Se olvida a menudo, al pretender sentar métodos pedagógicos diferenciales del niño al adulto, que en el niño se hallan en germen todas las facultades del hombre, y que el hombre tiene, crecidas, todas las del niño; que esas propias facultades reaccionan del mismo modo ante una misma sugestión, aunque la intensidad de ésta debe variar de acuerdo con la edad y, por tanto, la capacidad de resistencia del educando. « La naturaleza humana, dice Giner, es una y no se deja subdividir en etapas sucesivas ni exactamente delimitadas ». Esta unidad conceptual ha de radicar en el método del trabajo del educando, predicado por el maestro con el ejemplo del trabajo; trabaja el maestro, no para que el alumno aproveche del resultado de ese trabajo, sino para que el alumno se sienta impulsado a trabajar, para que vea trabajar al maestro, pero con el fin, todo, de que el que trabaje sea el alumno, así esté éste aprendiendo a deletrear o examinando las últimas conquistas de la mecánica celeste. El trabajo, pues, que



Fallenberg propiciara para la educación popular, y como el trabajo es exactamente el fundamento de la economía social, resulta que, con él, capacitaremos al niño o al joven a que, cuando asciendan a la vida productiva, sean productores ellos mismos y conquisten su personalidad, creando valores en bien de todos. El grande preceptor de Gargantúa nos daba también algunos aspectos de esta unidad conceptual que propiciamos: todas las fuerzas naturales llamadas a la vida, el ejercicio del cuerpo, el despertar de la dignidad personal, la adquisición del saber, el desarrollo de las cualidades morales y de la virtud; todo ello para el párvulo y para el hombre, en el grado de importancia que corresponda. Unidad conceptual que sé logrará con la persecución de estos tres atributos racionales: la dignificación física, la dignificación de la conducta y la dignificación del intelecto, por la ciencia y por el arte, en que se practiquen todas simultáneamente, sin descuidar ninguna en ningún momento. « *Mens sana in corpore sano* », había dicho Juvenal, « espíritu sano en cuerpo sano » dirá luego Locke y a ello se adherirá Rousseau, y podemos nosotros agregar: « sano cuerpo, sano intelecto, sana conducta ». Porque es frecuente olvidar la educación moral en el gran cuadro de la pública institución, a pesar de lo que nos dice Joaquín V. González: « Este problema de la enseñanza moral es el más palpitante que hay en el mundo », y agrega: « He hablado de educación moral y pongo de nuevo el dedo en la llaga más sangrienta de la civilización contemporánea ». Para las ciencias y las artes reclamo un parecido desarrollo; estaban en extremos, Arago y Lamartine, cuando entablaron, en 1837 su grande discusión entre una y otra forma de enseñanza; igualmente Spencer, cuando se decide por una educación exclusivamente científica y con él Rabelais, Condorcet, Diderot, Comte, Berthelot, Renan, Locke, Lubbock, Darwin; y con justicia protestaba Hamilton de la educación de Cambridge, a base exclusivamente matemática; en el consorcio de una y otra es que están la fuerza y la gracia; la razón y la armonía; la convicción y la emoción; la verdad y la belleza, si no es que en realidad todas éstas no son sino una sola y única cosa, emanada de la única y sola ciencia íntima del hombre que hemos llamado mónada.

### III

Para avanzar en el organismo que es la Universidad contemporánea, sería necesario investigar en sus raíces los orígenes de la idea de universidad, no para llegar a los tiempos de Pitágoras y los pitagó-

ricos y ni siquiera a los de Alcuino, pero para detenernos un tanto en Abelardo, Comenio, Prisciano, Constantino el africano, Sorbon y a las fundaciones de Bolonia y París, con sus universidades de alumnos y de maestros. Pasaremos, sin embargo, sobre este punto pero hemos de decir, siquiera brevemente, que el proceso de la enseñanza en el mundo ha corrido un paralelismo estrecho con la filosofía, como si la una y la otra estuvieran indisolublemente ligadas y vivieran vida común; bastaría para demostrarlo ir señalando las etapas del desarrollo que el espíritu filosófico ha tenido y mostrar cómo de cada uno de sus pasos ha partido una chispa que ha iluminado las nuevas rutas de la enseñanza; tanto que todos los filósofos que han levantado su nombre por encima del recuerdo de la posteridad, señalándose como fuentes de progreso para la mente humana, han tendido siempre su mirada hacia la educación, no bien la especulación pura de sus meditaciones hálos llevado a conclusiones nuevas. Es que no sólo han sentido todos la importancia vital de la instrucción, sino que, además, han visto que desde su nueva posición podía obtenerse una ventaja más para la organización y el carácter de los estudios. Así, cuando la filosofía era la metafísica del devenir — las escuelas enseñaban en Mileto, o Eleas, o Samos; negaban o explicaban el devenir — la enseñanza y la filosofía marchaban juntas y refundidas, no menos que cuando nace la edad de la crítica y están en conflicto pensamiento y materia en la Academia y el Liceo; luego la influencia del cristianismo y la escolástica, del libre pensamiento, la crítica y el positivismo.

Substanciando, pues, pondremos que la alta enseñanza ha de tener los caracteres que acrecientan el predominio del espíritu en los pueblos civiles, que deponen todas las soberbias y todos los egoísmos y abren las puertas del saber y de la hermandad a todos los vientos, dirigiendo, según dice Giner de los Ríos, « a un tipo de vida cada vez más completo, no al adiestramiento cerrado de una minoría presuntuosa, estrecha y gobernante, sino a una educación abierta a todos los horizontes del espíritu, que llegue a todas las clases e irradie hacia todos lados su acción vital, no sólo de conocimiento, y no digamos de mera instrucción, sino de ennoblecimiento, de dignificación, de arte, de cultura y de goce ».

Ninguna actividad ha de ser extraña a este organismo, ningún problema ha de resultarle pequeño, ningún fenómeno despreciable; y ha de atacar todos los asuntos públicos del momento, prestándoles la luz de sus armas, los recursos de sus entrañas para esclarecerlos, resolverlos y utilizarlos.



IV

Continuemos, empero, la marcha « *che la via lunga ne sospigne* » ; diré ahora las cualidades que debe contener y que debe desarrollar la superior instrucción. Sobre lo manifestado en cuanto a la institución general se refiere, hemos de agregar que correspóndele en primer término, determinar la vocación y el amor al trabajo, por cuanto una y otra cosa, en realidad, tienen el mismo propósito, esto es, transformar el vaso receptor, que constituye cada estudiante, en centro emisor y constructivo, en agente militante, en fuerza de acción de utilidad para sí y para todos, por cuanto se puede decir que la vocación ha sido hallada, cuando el hombre siente ansia de trabajar en una dada dirección y que con fuerza de trabajo sostenido todo se logra, como dijera el latino

*omnia vincit labor improba*

Así dice Ramón y Cajal, « La verdadera vocación consiste siempre en esa actividad especial a que el joven, menospreciando distracciones de la edad, sacrifica tiempo y peculio ».

El desarrollo de la mente, que se logra con el trabajo adocetrinado, perfecciona, sin duda, el órgano, haciéndole producir cada vez mayor rendimiento, pero esto resultará de tanta mayor certeza cuanto el maestro logre despertar en el alumno, por la apropiación del trabajo y su exacta medida, un cierto sentido de orientación, que le permita acertar con el sendero, sin destinar demasiado tiempo a la determinación de cuál ha de ser el verdadero, y a perder energías en perforar falsas rutas que luego le será preciso abandonar con peligro de fatigar el espíritu y de desalentarlo por la ineficacia inmediata del esfuerzo.

Importa a la vez dar nacimiento primero e impulso después al espíritu de iniciativa, por el cual la vista se acostumbra a sobreponerse al cuadro habitual de las miradas y excediéndolo con su poder, le sea permitido divisar lo que aún no ha sido visto, para llevar por allí las indagaciones, con lo cual el hombre podrá emprender obra personal y diferente, que acentúe y califique su individualidad y que lo arranque de la multitud de los que continúan por el plan premarcado, que no pueden abandonar el impulso ajeno, y que no son capaces de dejar rastro alguno en su paso por el mundo o por las esferas del pensamiento que les ha sido dado recorrer. La historia está colmada de ejemplos de iniciativas en la vida de los grandes hom-

IV

Continuemos, empero, la marcha « *che la via lunga ne sospigne* » ; diré ahora las cualidades que debe contener y que debe desarrollar la superior instrucción. Sobre lo manifestado en cuanto a la institución general se refiere, hemos de agregar que correspóndele en primer término, determinar la vocación y el amor al trabajo, por cuanto una y otra cosa, en realidad, tienen el mismo propósito, esto es, transformar el vaso receptor, que constituye cada estudiante, en centro emisor y constructivo, en agente militante, en fuerza de acción de utilidad para sí y para todos, por cuanto se puede decir que la vocación ha sido hallada, cuando el hombre siente ansia de trabajar en una dada dirección y que con fuerza de trabajo sostenido todo se logra, como dijera el latino

*omnia vincit labor improba*

Así dice Ramón y Cajal, « La verdadera vocación consiste siempre en esa actividad especial a que el joven, menospreciando distracciones de la edad, sacrifica tiempo y peculio ».

El desarrollo de la mente, que se logra con el trabajo adocetrinado, perfecciona, sin duda, el órgano, haciéndole producir cada vez mayor rendimiento, pero esto resultará de tanta mayor certeza cuanto el maestro logre despertar en el alumno, por la apropiación del trabajo y su exacta medida, un cierto sentido de orientación, que le permita acertar con el sendero, sin destinar demasiado tiempo a la determinación de cuál ha de ser el verdadero, y a perder energías en perforar falsas rutas que luego le será preciso abandonar con peligro de fatigar el espíritu y de desalentarlo por la ineficacia inmediata del esfuerzo.

Importa a la vez dar nacimiento primero e impulso después al espíritu de iniciativa, por el cual la vista se acostumbra a sobreponerse al cuadro habitual de las miradas y excediéndolo con su poder, le sea permitido divisar lo que aún no ha sido visto, para llevar por allí las indagaciones, con lo cual el hombre podrá emprender obra personal y diferente, que acentúe y califique su individualidad y que lo arranque de la multitud de los que continúan por el plan premarcado, que no pueden abandonar el impulso ajeno, y que no son capaces de dejar rastro alguno en su paso por el mundo o por las esferas del pensamiento que les ha sido dado recorrer. La historia está colmada de ejemplos de iniciativas en la vida de los grandes hom-



bres, y acaso no fuera decir demasiado asegurar que, en todos ellos, el espíritu de iniciativa tenía un altísimo desarrollo. Ni en las ciencias y artes, ni en la industria y comercio, ni en ninguna de las empresas del espíritu humano, es posible dejar señalado un surco que sea luego florido marco, que no requiera, con un paso nuevo o distinto de los conocidos, mirar las cosas desde otro punto de vista, escudriñar con nuevos instrumentos los anaqueles que a la mano se hayan tenido.

Con estas armas, y con una cuidada dirección en los estudios, se irá formando el espíritu universitario, en el cual y con el cual el hombre habrá llevado su mente a las regiones de las altas disciplinas, la habrá levantado, en bastante medida, sobre las pasiones, fuentes de error y sobre los sentidos y las restantes causas de error, no ya para destruirlo para siempre, no está en los recursos humanos anular el error, sino para aproximarse a la verdad, para perseguirla y para contar el grado en que a ella nos hemos acercado. Así se forma el criterio personal, el criterio universitario que es atributo de los verdaderos gobernantes. Refiérese a ello Carlos Octavio Bunge cuando dice, al hablar de Vives: « Reformó los métodos invocando el principio superior del criterio personal: vislucró el *ars nascendi* ».

Y si decimos criterio personal y universitario es que estamos en las fronteras del criticismo, esto es, del libre examen. Puesto que el criterio es personal y universitario, cae de suyo que ha de sujetar todas las cuestiones a la crítica del entendimiento y a la crítica de la naturaleza, porque nada podrá ser aceptado por afirmaciones ajenas, o por dogmas tradicionales, o por verdades referidas que no están acompañadas por la descripción de los métodos en que se apoyó su descubrimiento, del proceso que los determinó, de la suma, en fin, de que surgieron. Con el criticismo y el libre examen, la mente humana readquiere la libertad perdida en la infancia, cuando el niño tenía condiciones intelectuales menos desarrolladas que el maestro, y recuperada cuando por el curso de los años, el niño hecho hombre, ha visto crecer su mente hasta dilatarse hacia la comprensión del universo interno y externo a su conciencia. Reanudado, pues en el imperio de su libertad, el hombre entra en posesión de su soberanía y desde ese momento es dueño de sí y de todo y, por tanto, lo somete a las exploraciones y a los juicios de esa soberanía.

Pero esta soberanía no ha de ser al extremo que el hombre se desligue de sus semejantes, a los que debe estar sujeto por los dobles lazos de la recíproca necesidad y del recíproco amor, para que la humanidad no sea un pedregal en el llano, en que cada elemento se cree

ajeno a sus vecinos, sino un organismo viviente y solidario, que funciona armónicamente por el armónico y coordinario funcionamiento de sus elementos. Si un hombre vale por uno cuando está solo, bien podemos decir que vale casi por tres cuando de dos se trate y por más de cuatro, cuando son tres, y así continuamente, de modo que sus fuerzas quedan multiplicadas cuando se cuentan por un millar. Esto nos obliga a estimular el espíritu de cooperación como método lleno de valor para aumentar las fuerzas de cada uno, sin agregarle fatiga y a esto también debe tender la alta instrucción.

Multitud de aspectos, pues, debe tener la enseñanza de los jóvenes si la comprendemos como objetivo central de las sociedades modernas; y agregaremos que si en cada una de sus maneras o expresiones, nos preocupamos de desarrollar la aptitud genérica del ser humano y la aptitud particular que en cada uno se diseñe habremos acrecido, en cuanto nos es dado el valor del material que hemos tenido para modelar, y la enseñanza habrá dado frutos sabrosos y promisorios a la vez.

Con todos estos cuidados, nos veremos en fin conducidos a dar a cada uno un *subtractum* conceptual, con el que cada niño habrása hecho hombre, cada hombre será un activo fermento y cada grupo de hombres una misión nacida del severo cáliz que se forja por la decisión, el trabajo, la clara percepción y la acción cooperativa.

De estas maneras, la enseñanza concurre a resolver el desarrollo de las facultades del hombre, por el aquilatamiento de cada una, por la concurrencia de sus recíprocos valores, por su más feliz visión de sus objetivos y por su más seguro juicio. De estas maneras también, el ser humano se eleva, desprendiéndose en cierta medida de las terrenas ataduras, ensancha el campo de su horizonte y respira más pura atmósfera, idealizándose, no sólo en cuanto substituye las realidades físicas por ideas psíquicas, sino en cuanto se acoge al ideal que ennoblece la vida, la comprende por sus más bellos aspectos y se viste y engalana de tolerancia y generosidad, transformados por exquisita elevación de pensamiento, precisamente, no en fuentes de perdón estáticamente acordado desde lo alto de su faz, sino en mano viviente que busca perfeccionar al caído o al indefenso, iluminando para todos con el fuego del saber.

## V

Pasemos ahora a definir la universidad contemporánea sobre las bases preestablecidas de lo que entendemos por enseñar y por estu-



diar; sobre lo que entendemos que debemos hacer del niño que se nos entrega y que debemos devolver hombre a la sociedad y a la humanidad.

Dentro de la unidad conceptual que hemos atribuído a la enseñanza bien dijimos que la universidad como toda enseñanza, debe dilatar y multiplicar las facultades del hombre; debe perfeccionar el hombre mónada para dedicarlo al servicio del devenir humano.

Pero ¿cómo ha de ser esta universidad, mirada cual centro de estudios superiores? ¿Qué debe contener? Con acierto la ha definido quien dijo que es una casa en la cual todo el que tenga que aprender algo encuentra en ella quien se lo enseñe y todo el que tenga algo que enseñar puede recurrir a ella para enseñarlo. Debe ser casa en que se cultiven, estudien y enseñen las ciencias y las artes desinteresadas todas y las ciencias y las artes utilitarias todas también. Ya lo primero se practica, casi por entero, en Alemania e Italia; de la una es ya sabido, de la otra dice Pasquali: «Ciencia entre nosotros, no puede hacerse casi, en otro lugar que en la universidad» y lo dice un hombre de los que más claro ven el problema universitario del presente en Italia y conocen, por tanto, de las cosas a que se refiere. Con cosa parecida sueña Ramón y Cajal, cuando dice: «Transportar la universidad, hasta hoy, casi exclusivamente consagrada a la colación de títulos y a la enseñanza profesional, en un centro de impulsión intelectual, al modo de Alemania, donde la universidad representa el órgano principal de la producción filosófica e industrial».

Casa también de la investigación pura y de la enseñanza, esto en cada una de las ciencias y artes definidas en el párrafo anterior; la una, para el desarrollo de esas ciencias y artes; la otra, para su estudio y transmisión.

Para lograrlo, debería existir el gabinete, el laboratorio, el taller en sus varias formas y el seminario; allí se elaborará la ciencia y allí se la estudiará, pero también convendrá que el saber se difunda, trasciende más allá del recinto y más allá del círculo de los estudiantes y los especialistas, a quienes puede llegar también por la revista y el libro, será necesario para el público la clase de extensión universitaria, de difusión científica; existirá la enseñanza postescolar para la mayor especialización de los iniciados, las conferencias especiales para grupos de interesados a quienes se les fijará enseñanzas apropiadas a sus deseos y capacidades. Envió a otras universidades sus egresados o sus alumnos más adelantados y recibirá en su seno los

de otras casas; recibirá y enviará profesores a fin de que cada uno pueda informarse y acaso llevar y traer nuevos puntos de vista, procedimientos más avanzados, etc.

¿Qué debe realizar y cómo la hará? Libertad absoluta de enseñar y libertad absoluta de aprender, pero con la prescripción invariable de que realmente se enseñe y de que realmente se aprenda; quien no quiere enseñar o no quiere aprender, quien no quiere estudiar, en fin, nada tiene de común con la Universidad y está en ella demás. Nos lo dice Icaza en estos términos:

«La libertad académica es un gran bien — dice a este propósito Ernesto Berheim — pero encierra en sí la funesta libertad de desperdiciar desmedidamente tiempo y energía, y contra esto no hay otro contrapeso que el sentimiento personal del deber y el propio impulso al estudio.»

En esto los planes de estudio deben contener algo más que lo necesario para obtener un grado o un diploma, deben contener numerosas asignaturas optativas para el estudiante y numerosas cátedras paralelas para que el alumno pueda elegir su profesor. La observación y la experimentación deben ser el material y la razón el elaborador, ni unas ni otras actuando por sí solas; debe propenderse a reducir la extensión de planes y programas con que se abarrota la mente del estudiante cargándola de detalles inútiles que, como la fronda oculta el tronco, le disimulan las leyes y principios generales, y que luego han de caer como cae el mismo follaje. Y en un solo gesto, debe suprimirse todo ese pesado bagaje que nos viene de tan atrás y que son hoy mole que aplasta a la enseñanza y a la investigación propiamente dichas: el verbalismo y la teorización; el dogmatismo, la pedantería y la vanidad del maestro; toda enseñanza libresco; los exámenes, los premios, los concursos. Bien véis que no me es dado argumentar sobre tanta materia y tan vasta reforma, pero he de hacerlo con abundancia para no dejar mis afirmaciones sin sostén, aunque luego puedan discutirse sus sostenes; pero me abonan, desde luego, Locke, Pasquali y Calamandrei; Scialoja, Croce, Rousseau, Faría de Vasconcellos, Ramón y Cajal. «*Unum est necessarium*», dice Pasquali en *L'Università di domani*, abolir los exámenes especiales».

En cuanto al sentido o espíritu de su enseñanza, la universidad debe ser escuela de libertad. «En la edad media, dice Guex, el método de enseñanza se basaba sobre el principio de autoridad; se comprende que la disciplina era austera y los castigos corporales: ayuno, prisión obscura, verga, palo.» Y si el evangelista Juan dijo «Seréis



liberados por la verdad », es evidente que donde se busque la verdad se estará en marcha hacia la liberación. Guard decía : « quiero educar hombres libres, no esclavos », y Joaquín V. González : « Tendríamos así cátedra libre, debate libre, investigación libre al alcance de toda conciencia ansiosa de saber o de enseñar lo que sabe ».

Finalmente, el método de enseñanza deberá ser individual y de trabajo personal o esfuerzo espiritual del alumno, para que la acción del maestro llegue directamente a cada alumno, usando las armas que la psicología particular del alumno demande y logrando el desarrollo de las facultades del mismo por la ejercitación profunda y consciente, por la meditación y el trabajo.

## VI

Por cuanto se ha dicho, bien puede verse que la universidad argentina mucho tiene que andar para alcanzar los principios de un instituto moderno tal como lo concibo. En primer término, diré que debe existir un conjunto ontológico que podamos llamar Universidad argentina; lo reclaman así, no sólo el nacionalismo, sino el mejor aprovechamiento de las fuerzas públicas del país, fuerzas naturales y humanas. De otro modo, serán elementos dispersos en las varias zonas del territorio, sin carácter alguno orgánico y conducidos separadamente por los vaivenes de los sucesos. Dicho conjunto ha de ser enciclopédico, en cuanto ha de contener la universalidad del saber en todas sus ramas de ciencia y arte, de investigación y conocimiento, de profundidad en el estudio y de difusión de la cultura, hijo del pueblo y al pueblo vinculado; en su seno debe hallarse todo : museos, bibliotecas, institutos, centros de estudio y enseñanza, laboratorios, academias de arte, sociedades científicas; vano será que lo estén separadas; donde haya un museo, un instituto científico, una escuela de cualquier rama del saber, habrá una parcela de universidad despegada o no del tronco común. Pero los componentes de ese conjunto ontológico deben ser diferenciales, en cuanto no podemos tener deseo de repetir en dos partes un mismo modelo de universidad, y con un mismo plan; cada componente del conjunto, dentro del organismo completo deberá tener una individualidad para poder multiplicar los fuertes y poseer un poder de irradiación más vasto y proficuo; cada lugar tiene sus exigencias dentro del gran todo y esas exigencias deben ser cumplidas; con lo cual todas las vocaciones encontrarán un lugar del

país en que poder desenvolverse. Y si diferenciales han de ser los componentes, no menos diferencial ha de ser el contenido de cada componente para diversificar siempre los recursos de que disponga el país, y para dar mayor pábulo a los ensayos que quieran realizarse con diversos recursos y en circunstancias diferentes. Pero entre todos deben formar un conjunto positivamente completo, pues si las necesidades humanas así lo reclaman, los recursos del país ya lo permiten con toda amplitud.

El conjunto ontológico debe propender, a la vez que al estímulo de las fuerzas anímicas, a la preocupación por su fin moral y por el atletismo, en cuanto es éste cultivo de la fortaleza corporal de la raza, fines que tiene abandonados y que debieran preocuparlo tanto como el desarrollo del intelecto.

Debe, al propio tiempo, fortalecer la libertad de juicio del alumno, para quien no es lo importante la opinión del profesor y sus convicciones en la materia de la enseñanza, sino el método por el cual podrá formarse opinión personal respetable, esto es, opinión personal capaz de resistir al examen crítico y que pueda ser sustentada con argumentos serios. Así dice Spencer: « se dirá al educando lo menos posible, se le hará encontrar y pensar por sí lo más posible ».

Y caben aquí las conclusiones a que llegábamos antes, relativas a la enseñanza verbalista, auditiva y estática, a los exámenes y a la asistencia libre, al dogmatismo y a la autoridad, por sí, de lo que el profesor dice y no a lo que prueba y hace encontrar al discípulo. Aligerar planes, aligerar programas, he aquí lo que se impone y que la enseñanza entonces en lugar de superficial y fugitiva sea honda y duradera; reforme al individuo, no se limite a hacerle aprender algunas cosas. Menos aún debe nuestra universidad formar especialistas cerrados y concretos, cualquiera que sea la rama del saber que estudien, sino espíritus amplios, generosos, ilustrados en todo y hondamente conocedores en su rama. Así dice Compayré, al estudiar a Herbart: « Sin la teoría la práctica degenera en rutina; pero, por otra parte, sin la práctica la teoría corre el riesgo de perderse en las nubes de la abstracción ».

Para la indagación científica propiamente dicha o, por mejor decir, para la investigación desinteresada, cuyo incremento es urgente, se impone que estas Academias presten las fuerzas de su prestigio y de la capacidad de los hombres que las forman, pues el régimen de enseñanza de las Facultades absorbe de tal modo las actividades de maestros y ayudantes, que éstos no prestan a la ciencia y a su cultivo todo



el interés que es necesario y que deberían prestar para urgir la savia de su función en una fuerte noción que ya no se excusa en las grandes universidades del mundo. Las Academias libres de los problemas inmediatos del funcionamiento de las Facultades y ajenas a las cuestiones, a veces numerosas, de administración, pueden destinar su protección a la ciencia pura, ya que en los países jóvenes es natural que las lides del crecimiento y los múltiples asuntos de la hora absorban las actividades, dejando de lado el saber desinteresado que no puede vivir si una afección levantada no lo vigila. Sin esta faz del saber, se empequeñece la universidad inevitablemente, decayendo en espíritu hasta traducirse en una simple fábrica de profesionales, en un tribunal examinador, o en una casa de prácticos ajenos a los puros problemas del pensamiento, a las mejores cuerdas del espíritu, a las más delicadas armonías del intelecto, a las bellas tendencias de la razón que, sin un ideal que la substente, declinará hacia una grosería creciente en la que pueden ahogarse todas las disposiciones encumbradas del pueblo. Si las Academias no llenaran este objetivo, si ninguna otra organización detentase la protección a las ciencias desinteresadas, pronto veríamos desintegrarse nuestro porvenir, ahogado por un materialismo no mitigado por nada, sin fundamento de grandeza verdadera.

Esta investigación pura debe vivir de sí misma y para sí misma, parásita de nadie, ni devota a nadie — al menos premeditadamente — tiene que vivir de su propia espontaneidad y con la independencia necesaria a cumplir sus fines, en paralelismo con la enseñanza a la que prestaría sus alas; esa independencia debe ser completada con la continuidad de su marcha, para que no se mire sujeta a los entorpecimientos que pudieran venirle de fuera. En estas labores, las Academias deben contar con absoluta libertad de trabajo y en verdad, ello es extensivo a toda labor de investigación; la que no puede ser llevada adelante si el que a tan alto ministerio se entrega ve limitada su acción por cortapisas que pongan tropiezos a la emancipada fuerza que los rige y que debe atravesar el campo de sus ataques sin otros obstáculos que los serios, y a menudo casi insuperables, de sus propios problemas y de las dificultades que la naturaleza misma opone.

## VII

No quisiera terminar esta breve exposición sin sentar, señores académicos, las bases de un postulado sobre el cual considero que

debe fundamentarse también la enseñanza superior en todas las ramas de sus especialidades. Me refiero a la importancia que juzgo primordial de la historia de cada especialidad en la enseñanza e investigaciones relativas a esa especialidad. Cada uno de los grandes pensadores que engalanan el mar de la pedagogía general, ha establecido un principio director, generante del sistema educativo y ha hecho derivar de él el cuerpo de principios que aseguraban profundidad y persistencia en la obra. Prolijo fuera referir esta serie de educadores y las bases de su método, más no nos será dado tanto hacer; pero sin llegar tan lejos como a Pitágoras y Sócrates, ni siquiera a Quintiliano, podemos pasar rápida revista desde el renacimiento saltando de cumbre en cumbre; así Jansenio y el jansenismo propone la instrucción por la reflexión; Rabelais, por la excitación de todas las fuerzas naturales; Montaigne por el utilitarismo; Charrón, en la educación por la naturaleza y la virtud; Bacon, por la observación y la experiencia; Descartes, por el ejercicio de la razón; Comenio, por el método psicológico y la intuición; Locke por la psicología empírica; Rousseau, por la naturaleza; Kant, por la actividad del alumno; Pestalozzi, por la intuición; Spencer, por la ciencia; Herbert, la educación por la instrucción; Girard, por la lengua materna; y luego, los positivistas, los ecléticos, los modernos.

Para nosotros un sistema educativo como decimos es, en cada especialidad, la historia del saber a que la especialidad se refiere, no sólo para esudriñar los antecedentes en que se apoya todo el edificio actual, sino para aplicarle constantemente nuevos puntos de vista, para poner sobre cada axioma antiguo los nuevos recursos ganados por la técnica posterior, para cultivar de nuevo los retoños que quedaron o abandonados al nacer, o ya cuando se creía que su crecimiento era suficiente; para retomar los temas donde los dejaron los predecesores, cuando con un nuevo invento pueden alcanzarse recursos, que antes resultaban inaccesibles al ingenio humano. Pero la discusión de este punto fuera materia de largas demostraciones que reservo para otro desarrollo, pues bien veo que ya he extremado vuestra consideración y más no me es dado disponer de ella.